

**LA MUJER MAGRIBÍ Y SUS “FUENTES DE INFORMACIÓN”:
UN CAPÍTULO DE FĪ L-ṬUFŪLA DE ʿA. AL-MAYĪD B. YĒLLŪN**

J. M^a. FÓRNEAS BESTEIRO
Universidad de Granada

Quien haya tenido la suerte de leer la obra autobiográfica del famoso literato, político y diplomático marroquí ʿAbd al-Mayīd b. Yēllūn (Casablanca, 1919 ó 1915-1981), titulada, con precisa delimitación, *De la infancia*⁽¹⁾, no habrá dejado de obser-

-
- (1) No sin vacilaciones, he preferido traducir así el sintagma árabe escogido por el autor como título del libro. Sé que *De la infancia* puede parecer a más de uno expresión de rancio clasicismo e imprecisa aplicación en este caso. Respeto cualquier discrepancia. Eso sí, creo que la versión elegida es congruente con el contenido de la obra, aunque caben con igual legitimidad varias otras. Por otra parte, y dado el carácter de este trabajo, creo innecesaria cualquier introducción bio-bibliográfica pormenorizada. Los arabistas no la precisan y los que no lo son o no conocen suficientemente la literatura marroquí contemporánea pueden consultar sin dificultad dos obras bien accesibles: *La Introducción a la literatura árabe moderna* de P. MARTÍNEZ MONTÁVEZ (Segunda edición, Edit. CantArabia, Madrid, 1985, pág. 182); y *Literatura y pensamiento marroquíes contemporáneos*, tercera de las “Antologías Nacionales” publicadas en su día por el Instituto Hispano-Árabe de Cultura (Madrid, 1981, págs. 29-39, texto seleccionado, en traducción de A. Ramos; 532-533, información bio-bibliográfica).

var -aparte de la delicia que dicha lectura proporciona- cómo a lo largo de sus páginas pululan variadísimos temas del máximo interés. Y no sólo para el conocimiento cabal de una personalidad rica como pocas, sino para la sociología, la literatura, el análisis psicológico e incluso la adaptación pasmosa del árabe clásico a las necesidades expresivas y estilísticas de todo lo actual⁽²⁾. De mi primera lectura, hace tres o cuatro años, me quedaron profundamente grabados algunos capítulos, además de bastantes personajes de inolvidable perfil. Y, hoy y aquí, tras una segunda lectura, quiero ofrecer tan sólo la traducción al español del capítulo específico sobre la mujer marroquí⁽³⁾. Capítulo específico acabo de decir, porque a lo largo de *Fī l-tuḡfūla* aflora con bastante frecuencia el tema femenino: acabados “retratos” de la madre y de la hermana, ambas prematuramente fallecidas; el papel de la niñera fiel, que reemplazó en gran medida a la madre muerta⁽⁴⁾; las muy finas observaciones acerca de las chicas de la familia vecina en Manchester; el rápido pero incisivo apunte acerca del papel de la única esposa de su abuelo Aḥmad b. ʿYellūn, de tan recia y admirada personalidad; la criadita Fāṭima;

-
- (2) B. ʿYellūn emplea exclusivamente la lengua clásica, incluso en diálogos que, evidentemente, suponen la coloquial. Y, en opinión personal, esto resta a veces fresca y espontaneidad a la conversación. En esto y en bastantes cosas más, el recuerdo de *al-Ayyām* y de las preferencias lingüísticas de Ṭ.Ḥusayn no pueden menos de acudir a la mente. Pero esto ha de entenderse sin comparaciones, y menos valoraciones, que serían improcedentes sin muchísimos matices. Tampoco cabe hablar aquí de las circunstancias y etapas por las que pasó el aprendizaje del árabe por parte del escritor marroquí, cuya maestría posterior está tan acreditada por sus obras.
- (3) El capítulo lleva el número 35 y va de la página 200 a la 206 en la edición de 1993, que lleva una presentación del escritor Aḥmad ʿAbd al-Salām al-Baqāli (págs. 3-6), titulada *Saludo*; y una síntesis de la vida del autor, que se enmarca entre los años 1919-1981, aunque acerca de la primera fecha hay discrepancias, sin que tampoco falten en algunos capítulos de la obra ciertas aparentes confusiones cronológicas.
- (4) «Y así pasé -en compañía de mi hermana pequeña- los días siguientes de mi infancia, en la creencia de que era mi madre. El cuidado que nos prodigó y la benevolencia con la que nos rodeó arraigaron en mí esa creencia. El profundo amor que nos tenía fue un mágico bálsamo que curó nuestras almas de aquella penetrante herida que sufrimos [por la muerte de su madre]. A partir de aquí, cuando digo “mi madre”, me enorgullezco de referirme así a esa mujer» (Cap. 2, pág. 18).

la extraña antipatía hacia su prima Zuhūr, también pronto desparecida, y el arrepentimiento lacerante y tardío del autor; el enamoramiento precoz y su triste y forzado desenlace; las consecuencias familiares de la poligamia... Incluso podríamos añadir que su pasión por el fútbol es descrita en clave sentimental en un capítulo⁽⁵⁾, y sólo a comienzos del siguiente se aclara que esta su amada fue ... la *kurat al-qadam*.

Fiel a mi propósito inicial, me limito aquí a dar la traducción completa del capítulo específico al que antes me he referido⁽⁶⁾.

Traducción

«Prescindiendo de los prototipos sobre los que he hablado o aún hablaré en estos capítulos, el lector no encontrará dificultad mayor en fijarse, si lo desea, en ese ser, de exterior vocinglero e interior retraído, en cuya existencia pugnan duros factores, capaces de triturar peñas, a lo largo de su caminar por la dilatada y monótona senda que le trazaron hace decenios y decenios sus antepasados: el hombre marroquí⁽⁷⁾. La vida de la mujer marroquí⁽⁷⁾, aunque, en general, ha seguido el mismo camino que, desde remotos tiempos, les señalaron a ella y al hombre los antepasados comunes, y si varios aspectos - sobre todo el intelectual- de esa existencia fueron más duros que los del varón, es, sin embargo, rica en otros sectores parciales que llaman la atención. Así pues, no podemos seguir adelante en nuestro relato sin detenernos en ellos.

(5) Capítulos 27 y 28.

(6) Ignoro, en mis circunstancias actuales, si *Fi l-tufūla* cuenta con alguna traducción a lenguas occidentales. Sí puedo adelantar que la joven Doctora Rosa Ruiz Moreno, alumna mía durante dos cursos y a quien posteriormente dirigí su "tesina" y su tesis doctoral, ha emprendido la traducción completa al español de tan sugestivo libro. Huelga decir, por último, que la traducción que aquí doy del cap. 35 es exclusivamente mía.

(7) B. Yellūn dice *magribī* en ambos casos. Pero como parece referirse en concreto a su propio país, he traducido por *marroquí*. Si bien debo decir que, en contextos bien definidos y, sobre todo, cuando habla a no conocedores de Marruecos - a los niños ingleses, por ejemplo-, emplea el adjetivo *murrākuṣī*. En todo caso, es bien sabido que en la actualidad *al-Magrib*, sin más, equivale a Marruecos en este país norteafricano.

» La esencia de la mujer es la misma en todo tiempo y lugar, en las épocas de decadencia y de progreso humanos, ya que los deberes impuestos por la naturaleza y las trabas a las que le sometió la sociedad no pudieron en ningún momento desviarla, no ya de las exigencias de la feminidad o de la inmolación al ornato, sino tampoco de esos aspectos que el hombre, habitualmente, considera como aprensiones propias de las mujeres. Desdeñables y reprobables, por lo tanto.

» Por más que las obligaciones de la mujer -las domésticas y las relativas a su marido, sus hijos y los demás familiares- sean duras, ella, a fin de cuentas, y aunque por sí misma no termine de eliminarlas, sí podrá vacar a ese sector frágil que reafirma su relación con la feminidad: en cualquier tiempo y lugar, y pese a todas las trabas que le han sido impuestas, la mujer está muy lejos de plegarse a ningún impedimento por lo que atañe a dicho sector de su vida.

» Día tras día y año tras año, muchos marroquíes siguen llevando una vida preestablecida: van sólo de sus lugares de trabajo a sus casas y a la inversa, sin atender a derecha o a izquierda, sin que por su caletre pase la idea de introducir cambio alguno en el modo en que van pasando la vida, con los ojos pegados al suelo y abrumados los hombros por el peso de los años: ni las más atroces desgracias son capaces de despertarles de su estolidez mientras prosiguen su pesada y triste marcha por el camino que une la cuna con la sepultura.

» Ante la niña se alza un telón de acero desde temprana edad, para escogerle más tarde un marido a quien nunca vio previamente. A continuación, en su nueva existencia, caen sobre ella las abrumadoras cargas de la vida doméstica. Pero, pese a ello, busca medio de abrirse paso al aire libre a intenta introducir en su vida movimiento y cambio capaces de contribuir a aliviar su fardo, más aún, a ayudarle a olvidar incluso que este existe.

» La mujer marroquí ha conseguido crear en el domicilio un cúmulo de tradiciones que hacen que tal o cual asunto le incumban en exclusiva, sin que el hombre se inmiscuya para nada. Entre esas tradiciones está que la mujer haya vedado a los hombres toda una zona de la casa, la terraza, al considerar

que dicho espacio es exclusivamente femenino, sin que el hombre pueda molestarla en el juego de aparición y ocultamiento que ella ejerce entre ambos sexos a lo largo de generaciones en este país.

» De esta forma ha ido apareciendo en cada ciudad un mundo en exclusiva para las mujeres, sin participación de los hombres: el mundo de las terrazas familiares. Lo que ocurre es que la mujer no sólo se ha reservado este su mundo particular, sino que participa con el hombre en el de éste de tejas abajo.

» Cuando han terminado las obligaciones domésticas tras el almuerzo, las mujeres van a arreglarse y a ponerse sus mejores galas. Y, concluido el acicalamiento, comienzan a mostrarse paulatinamente las caras bonitas, los colores y las joyas sobre las terrazas. Y el mundo de las terrazas es un mundo completo, con toda la gama que pueda tener el del suelo en cuanto a afectos y disensiones, amén de las demás conmociones que agitan en la vida los corazones humanos.

» Se tiende la escalera para que esta mujer pase a donde aquella y a la inversa, sin que esta operación carezca de peligro para una y otra. Luego salen a flote esas conmociones humanas, para transformarse, a través de las bocas, en palabras:

-¿Has visto a 'Ā' iša? ¡Vaya pécora! Se planta entre las terrazas como si fuese un genio para ir junto a su amiga Zuhūr. Entre ambas tiene que haber un secreto aún escondido, y yo lo descubriré.

-Fíjate en ese vestido de seda del que te hablé. Allí, a tu izquierda, lo luce Jadūy, que finge hablar con su vecina, cuando en realidad se pavonea con él. Pero hay que disculparla: su marido es un nuevo rico y ella no está acostumbrada a ropas lujosas...

-Realmente Fāṭima es una niña jovial y deslumbrante. Mírala cómo atraviesa el umbral de la terraza, cómo saluda, cómo sonríe. ¡Cómo me encantaría hacerla novia de mi hijo 'Abd al-Laṭīf! Pero sigue obsesionado con esas bagatelas que proliferan alrededor de él en forma de libros y revistas. Que Dios le libre de todo eso que le atribula y le haga ser sensato y pueda su padre abrirle una tienda... Pero, ¿quién nos asegura

de que no se ponga en relaciones con Fāṭima uno de esos comerciantes que hay entre los jóvenes espabilados y triunfadores del barrio?

- Pobre Fājita: pasa ya de los veinticinco y sin lograr aún marido. ¿Quién sabe si Dios no la habrá castigado por su lengua afilada? Pero no la mires, finge que estás enfrascada en charlar conmigo: tengo miedo de que me “pique”.

- Espera a que terminemos de tomar el té, pues voy a darle a Turayya una lección que nunca olvidará: ha insultado a mi hijo cuando jugaba con el suyo en la calle y va a enterarse de que la baja extracción no se le escapa a un ojo perspicaz como el mío.

- ¿No puedes hacer que tu hijo deje de inmiscuirse en lo que no le importa? Es la tercera vez que va a la cárcel, y aún no tiene quince años...

- ¿No has observado con qué frecuencia va Malika a la terraza de los Bennānī para pasar tarde tras tarde con Jadīya? A mí se me figura que aquí hay gato encerrado: de tiempo en tiempo se dirige, riéndose, a la puerta de la azotea, y yo diría que entreveo allí la sombra del hermano de Jadīya. ¿Irá a casarse con ella ese zorro?...

- Mírala: aún no ha pasado un año de la muerte de su marido y ya habla a plena voz. ¡Qué desdoro!

» Y así miles y miles de expresiones semejantes, en las que subyace una correspondencia vivencial entre la mujer y la sociedad femenina, una interactividad ajena al hombre. Pero la cosa no para ahí: implica también las señales que las mujeres se intercambian entre las terrazas de las casas distantes, y que se dirían señales entre barcos perdidos en el océano, pero en las que los pañuelos, las manos y los dedos reemplazan a las banderas...

» Estas señales, encierran, naturalmente, frases lacónicas: “Hola, ¿cómo estás? - ¿Por qué no vienes a verme? - ¿Qué tal tus hijos? - ¿Está en casa tu marido? - ¿Cuándo vas al baño? - ¿Dónde está tu hermana? - ¿Cuándo das a luz? - Iré a verte mañana. Etc, etc...”

» Además del mundo de las terrazas, las mujeres del barrio disponen de un “casino” propio en el que se reúnen

varias veces al mes: el baño. Y este despertó en mí el mismo interés que el causado por el mundo de las terrazas.

» Ir al baño era para las mujeres algo así como ir hoy a la ópera o al cine: se fijaban, para ello, días antes, citas precisas, se cogían las cosas necesarias y luego la caravana femenina se ponía en movimiento desde las casas, acompañada de un cortejo de niñas, niños, parientes y criadas. Para ocultarse finalmente la caravana tras la gran puerta del baño, velándose del mundo masculino durante varias horas postmeridianas, que tal vez se prolongaban hasta la tarde.

» Por mi parte, si bien era asiduo al mundo de las terrazas, sólo una vez entré en el baño durante el tiempo reservado a las mujeres. Ocurrió eso inmediatamente después de mi regreso de Inglaterra.

» Quizá no necesite yo precisar que la tarea de bañarse era el último móvil que inducía a las mujeres a acudir allí, aun cuando me espantaba el aguante de las féminas para prolongar su estancia en aquel recinto abrasador: a los pocos minutos, yo sentía allí que mi corazón se fundía en sudor, mientras ellas iban acudiendo en bandadas a bañarse. Lo cual saciaba su sed de curiosidad y llenaba sus vidas vacías con el mayor caudal posible de noticias, acontecimientos y rumores, de todo lo cual hacían provisión para "abreviar" con largueza su ansia de charla durante el prolongado encierro en la casa o los desplazamientos a las terrazas.

» A mí el baño me impuso a causa de la atmósfera difusa que en él reinaba. Los cuerpos desnudos se transformaban en espectros altos o bajos, flacos o gruesos, que se reunían y dispersaban por los rincones, mientras las salas del recinto se llenaban de cuchicheos, gritos, risas y chácharas.

» Cuando terminaba la función, las mujeres salían para ponerse sus vestidos en ese lugar exterior llamado "la sala de sesión", en la que se apretujaban para proseguir sus charlas sin principio ni fin. La "sesión" la celebraban para poner sobre el tapete de la cháchara todo lo acontecido desde la anterior entrevista. Y ahora en forma de relatos minuciosos, diametralmente alejados de las conversaciones lacónicas o las señales telegráficas que se intercambian todas las tardes en el mundo

de las terrazas. Esta "sesión" del baño era el lugar pintiparado para difundir las noticias, que no tardaban en divulgarse a la mañana siguiente por todas las zonas del barrio o de la ciudad. Cada una de las mujeres refería las noticias perdiendo el aliento y con el máximo afán de "aprovechar" el tiempo de que disponía, a fin de dar a otras la ocasión de oír de ella las noticias con que contaba. Porque, entre los más fútiles acontecimientos y los más tremendos escándalos, tienen las mujeres infinito caudal para saciar su voraz apetito de informarse e indagar. Y, así, resucitan los muertos, retorna la historia, se escrutan a fondo las conductas, se sabe quién se enriquece y quién se arruina, los escándalos de los que aparentan virtud y las buenas acciones de los sospechosos y recalitrantes. Como se sabe, asimismo, qué vestidos se compran y qué gustos están de moda; y se enteran las mujeres de las tiendas que venden estas joyas o aquel perfume y todo eso de lo que las mujeres se ocupan en todo tiempo y lugar. Si alguien pudiese registrar las conversaciones de las mujeres, al día siguiente podría editar una revista rebosante de historias, noticias y curiosidades, gustos y anuncios, lo mismo que cualquier revista de las que circulan. Pero ellas mismas se encargan de tal "revista" al regresar cada una a su casa y hacer oír a padres, esposos y hermanos lo que por otro medio no llegaría a su conocimiento, pese a que no les gusten ni estén sometidos a esas pesadas ataduras que, según se figura el hombre marroquí, traban a la mujer.

» Escuchan, pues, el padre o el esposo o el hermano, o todos a la vez, a la hora de la cena, el día del baño, cosas que les prueban mil veces que ellos no viven en su sociedad. Los hay que escuchan con toda atención para estar más cerca de los acontecimientos. Mientras que otros bostezan, mueven la cabeza o se sonríen sin saber por qué, escuchando displicentemente cómo la mujer charla como una descosida: piensan, por encima de lo que está diciendo, en las ataduras mundanas que esclavizan la reflexión del hombre en este país, en el cual las sendas de la mujer se estrechan a medida que avanza en edad. Y ella, en tanto, como un gramófono, sigue habla que habla, trayéndole sin cuidado que él escuche o no...

-Está hecho un carcamal, y aun así se ha casado con una chica de la edad de su nieto. No entiendo cómo una joven así de lozana puede aceptar que una habitación la recluya con semejante esqueleto. Pero, ¿qué culpa tiene ella? Su padre la ha vendido y no le queda más que obedecer... ¿Sabes qué ha hecho su hijo mayor? Se puso hecho una fiera y se ha ido de la casa con su madre, mientras a voz en grito llenaba a su padre de maldiciones. Y su hija, pese a las amenazas del viejo, no ha cambiado una sola palabra con la nueva esposa desde que ésta entró en la casa... Sin embargo, él va por la calle con aires de hombre puro, como si de un santo e íntegro se tratase. Hace mucho que te dije que la gravedad de ese hombre era aparente, y que, tras su sonrisa humilde, escondía dientes carnívoros. La nueva mujer se pasa el día en un rincón de su cuarto, en mortal soledad. Hoy he sabido por una amiga que está encinta. Qué atrocidad. Entre ese hombre y su nuevo hijo va a mediar un siglo. Sin embargo, nadie sabe la de vueltas que da el mundo, y más vale no hurgar en la vida de las personas...

- Vaya! Se me olvidaba decirte algo más chocante: el *šarīf* al-Kattānī, que había venido desde Tetuán a estudiar en al-Qarawīyyīn y que reside en casa de su tío... Etc., etc., etc...».

* * *

RESUMEN

Tras una sucinta presentación de *Fī l-Ṭufūla* y de su autor, con alusión a la presencia y significación de la mujer en esa autobiografía, se da la traducción íntegra del capítulo 35 de la misma, por su valor sociológico en relación con lo recogido en el título del artículo.

ABSTRACT

After a concise introduction about the *Fī l-Ṭufūla* and 'A. al-Ma'īd b. Yellūn, mentioning the presence and meaning of the Moroccan women in his autobiography, the entire transla-

tion of the 35 chapter is given, on account of sociological importance in relation to the title of this paper.